

Modesta iba á ver á sus tres amantes reunidos. Digan lo que quieran las jóvenes y aunque la lógica del corazón estriba en sacrificarlo todo al gusto, es indudable que resulta excesivamente halagüeño ver en torno suyo á varios pretendientes rivales, hombres notables ó célebres ó de un gran nombre, que procuran distinguirse y agradar. Aunque la declaración no hiciese ningún favor á Modesta, es lo cierto que ésta manifestó más tarde que los sentimientos expresados en sus cartas habían quedado extinguidos ante el placer de entablar una competencia entre tres inteligencias diferentes, cada una de las cuales hubiera hecho por sí sola honor á la familia más exigente. Sin embargo, esta voluptuosidad de amor propio fué dominada en ella por la misantrópica malicia que había engendrado la espantosa herida que le parecía únicamente un mero desengaño. Así que cuando el padre le dijo sonriendo:

—Y bien, Modesta, ¿quieres ser duquesa?

—La desgracia me ha hecho filósofa—respondió la joven haciendo una burlona reverencia.

—¿No será usted más que baronesa?—le preguntó Butscha.

—Ó vizcondesa—replicó el padre.

—¿Cómo?—dijo vivamente Modesta.

—Pues muy sencillamente. Si el señor de La Briere te agradase, creo que no le faltaría influencia para obtener del rey el derecho á heredar mis títulos y mis armas.

—¡Oh! como se trate de disfrazarse, me parece que ese no opondrá obstáculos—respondió amargamente Modesta.

Butscha no comprendió este epigrama, cuyo sentido sólo podía ser adivinado por los padres de Modesta y por Dumay.

—Cuando se trata de matrimonio, todos los hombres se disfrazan, y las mujeres les dan el ejemplo—respondió la señora Latournelle.—Desde que existo, oigo

decir: «El señor Fulano ó la señorita Tal ha hecho un buen matrimonio» ¿se ha de deducir de esto que el otro lo haya hecho malo?

—El matrimonio—dijo Butscha—tiene alguna semejanza con un pleito, en el cual siempre hay alguna parte que queda descontenta. Si en el matrimonio engaña el uno al otro, dedúcese de aquí que la mitad de los casados representan la comedia á expensas de su cónyuge.

—Y ¿qué deduce usted de ahí, señor Butscha?—preguntó Modesta.

—Que es preciso observar con la mayor atención las maniobras del enemigo—respondió el pasante.

—¿Qué te decía yo, nena mía?—dijo Carlos Miñón aludiendo á la conversación que había tenido con su hija á orillas del mar.

—Los hombres—dijo Latournelle—desempeñan para casarse tantas comedias como las que las madres hacen desempeñar á sus hijas para desembarazarse de ellas.

—¿De modo que ustedes creen que está permitida la estrategia?—preguntó Modesta.

—Sí, señorita—exclamó Gobenheim,—por ambas partes, y entonces la partida se iguala.

Esta conversación tenía lugar á intervalos, al mismo tiempo que jugaban una partida de wisth y en medio de las apreciaciones que cada uno se permitía hacer del señor de Herouville, el cual no dejó de inspirar simpatías al pequeño Dumay, al diminuto notario y al insignificante Butscha.

—Veo—dijo la señora Miñón sonriéndose—que la señora Latournelle y mi pobre marido son aquí verdaderas monstruosidades.

—Por fortuna para él, el coronel no tiene gran estatura—repuso Butscha mientras que su principal daba las cartas,—pues un hombre alto y de talento es casi siempre una excepción.

Sin esta pequeña discusión acerca de la legalidad de



las astucias matrimoniales, acaso se tacharía de pesado el relato de la velada impacientemente esperada por Butscha; pero la fortuna, que ha sido origen en todo tiempo de tantas cobardías, comunicará acaso á las futilidades de la vida privada el inmenso interés que inspirará siempre el sentimiento social tan francamente definido por Ernesto en su contestación á Modesta.

Aquella mañana llegó Desplein, el cual no permaneció en el *Chalet* más tiempo que el necesario para ir á buscar los caballos de la posta al Havre y engancharlos, ó sea próximamente una hora. Después de haber examinado á la señora Miñón, dijo que ésta recobraría la vista, y fijó para un mes después el momento oportuno para hacer la operación. Como es natural, esta importante consulta tuvo lugar delante de los habitantes del *Chalet*, que palpitaban todos de emoción esperando la sentencia del célebre cirujano. El ilustre miembro de la Academia de ciencias hizo á la ciega una decena de breves preguntas examinándole los ojos á la luz de la ventana. Asombrado del valor que el tiempo tenía para este hombre eminente, Modesta vió la calesa de viaje llena de libros que el sabio se proponía leer durante el camino, pues había salido la víspera al obscurecer, empleando así la noche para dormir y para viajar. La rapidez y lucidez de las deducciones que Desplein sacaba de cada una de las respuestas de la señora Miñón, dieron á Modesta una idea justa acerca de los hombres de genio, y empezó á entrever la enorme diferencia que existía entre Canalis, hombre secundario, y Desplein, hombre más que superior. El hombre de genio tiene en la conciencia de su talento y en la solidez de su gloria una especie de vedado donde ejerce su legítimo orgullo, sin molestar á nadie. Por otra parte, su lucha constante con los hombres y con las cosas no le deja tiempo para entregarse á las coqueterías que se permiten los héroes de la moda, los cuales se apresuran

á recoger los aplausos de un triunfo fugitivo, y cuya vanidad y amor propio emplean todas las exigencias y triquiñuelas de una aduana reacia en percibir los derechos de los artículos que pasan por sus puertas. Modesta quedó tanto más encantada del gran cirujano, cuanto que éste pareció admirado de la exquisita belleza de aquélla, á pesar de la infinidad de mujeres que pasaban por sus manos, y de que las examinaba hacía ya tiempo con el antejo y el escalpelo.

—Sería verdaderamente una lástima que una madre estuviese privada de ver á una hija tan encantadora—dijo el gran cirujano con aquel tono galante que él acostumbraba á emplear, el cual contrastaba con su pretendida brusquedad.

Modesta quiso servir en persona el sencillo almuerzo que el gran cirujano aceptó, y en unión de su padre y de Dumay, acompañó al sabio esperado por tantos enfermos hasta la calesa que estaba estacionada á la puerta.

—¿De modo que es seguro que mamá verá?—dijo Modesta al cirujano dirigiéndole una mirada llena de esperanzas.

—Sí, hermosa señorita, se lo prometo á usted,—respondió sonriendo,—y sepa que soy incapaz de engañarla, pues también tengo yo una hija.

Dichas estas palabras, Desplein dió la orden de marcha, y el coche partió al galope. Nada encanta más á las gentes de talento como lo imprevisto. Así es que esta visita fué el acontecimiento del día, y dejó en el alma de Modesta una huella luminosa. La joven entusiasta admiró sencillamente á aquel hombre cuya vida pertenecía á todos y en quien el hábito de ocuparse de los dolores físicos había destruido las manifestaciones del egoísmo. Por la noche, cuando Gobenheim, los Latournelle y Butscha, Canalis, el duque de Herouville y Ernesto estuvieron reunidos, se apresuraron á felicitar á la familia Miñón por la buena noticia que les había dado Desplein. Como es natural,



la conversación, en la que terció más que nadie Modesta, versó sobre aquel hombre cuyo genio, desgraciadamente para su gloria, era apreciado únicamente por la tribu de sabios y por la facultad. Gobenheim dejó escapar esta frase, que en nuestros días es el único defecto del genio, según los economistas y los banqueros:

—¡Gana mucho dinero!

—Dicen que es muy interesado—respondió Canalis.

Las alabanzas que Modesta hizo de Desplein incomodaron al poeta. La vanidad procede como la mujer. Ambas creen perder algo con el elogio y el amor concedidos al prójimo. Voltaire estaba celoso del talento de un taimado que París admiró dos días, del mismo modo que una duquesa se ofende de una mirada dirigida á su camarera. La avaricia de estos dos sentimientos es tal, que se creen perjudicados con la insignificante parte que de ellos pueda concederse á un pobre.

—Caballero, ¿cree usted—preguntó Modesta sonriendo—que se debe medir el genio con la medida ordinaria?

—Sería preciso ante todo—respondió Canalis,—definir al hombre de genio, una de cuyas condiciones es la invención, sea de una forma, de un sistema ó de una fuerza. Por ejemplo, Napoleón, aparte de sus demás condiciones de genio, fué inventor, pues inventó un nuevo método de hacer la guerra. Walter Scott es inventor, Lineo es inventor, Godofredo de San-Hilario y Cuvier son inventores. Tales hombres son hombres de genio en primera fila, porque renuevan, aumentan ó modifican la ciencia ó el arte. Pero Desplein es un hombre cuyo gran talento consiste en saber aplicar leyes encontradas ya, en saber apreciar, mediante un don natural, el modo de ser de cada temperamento y la hora señalada por la naturaleza para hacer una operación. Él no ha echado los cimientos mismos de la ciencia como Hipócrates, ni ha encon-

trado un sistema como Galileo, Broussais ó Rasori; es un genio que practica, como Moscheles practicaba la música con el piano, Paganini con el violín y Farinelli con la laringe, gentes que tuvieron inmensas facultades, pero que no crearon música. Entre Beethoven y la Catalani, me permitirá usted que conceda al uno la inmortal corona del genio y del martirio y á la otra mucha cantidad de oro; con la una estamos en paz, mientras que el mundo siempre le será deudor al otro. Cada día adquirimos nuevas deudas con Molière, mientras que hemos pagado demasiado á Barón.

—Amigo mío, me parece que arrimas demasiado el ascua á la gloria de las ideas—dijo La Briere con voz dulce y melodiosa que produjo un gran contraste con el tono perentorio del poeta, cuya voz flexible había abandonado el acento mimoso de la adulación por el tono magistral de la tribuna.—Ante todo, el genio debe ser estimado en razón á la utilidad que haya reportado. Parmentier, Jacquart y Papín, á quienes se les levantará algún día una estatua, son también hombres de genio porque en cierto modo han cambiado ó cambiaron la fase de los Estados. Desde este punto de vista, Desplein se presentará siempre á los ojos de los pensadores acompañado de una generación entera cuyas lágrimas y sufrimientos habrán cesado bajo la influencia de su poderosa mano.

Bastaba que esta opinión fuese emitida por Ernesto para que Modesta quisiese combatirla.

—Caballero, según eso—dijo la joven,—el que encontrase el medio de cocer el pan sin gastar combustible al guno ó una máquina que hiciese el trabajo de diez segadores ¿sería un hombre de genio?

—¡Oh! sí, hija mía—dijo la señora Miñón;—sería bendecido por los pobres, cuyo pan costaría entonces menos caro, y aquel á quien bendicen los hombres esbendecido por Dios.

—Eso es querer dar más importancia á lo útil que al arte—respondió Modesta meneando la cabeza.



—Sin lo útil—dijo Carlos Miñón—¿cómo viviría el arte? ¿Dónde se cobijaría, dónde se abrigaría y quién pagaría al poeta?

—¡Ah! papá querido, esa opinión es muy peregrina... Que Gobenheim y el señor refrendario—dijo mostrando á La Briere—que están interesados en la solución de ese problema social, la sostengan, lo conciben; pero usted, cuya vida ha sido la poesía más inútil de este siglo, puesto que su sangre derramada en Europa y sus hermosos sacrificios exigidos por un coloso no pudieron impedir que Francia perdiese diez departamentos adquiridos por la República, ¿cómo defiende usted esa teoría excesivamente material?... Ya se conoce que viene usted de la China.

La irreverencia de las palabras de Modesta fué recalcada aún más con un pequeño mohín despreciativo y desdeñoso que ella hizo á intento, y del que se asombraron igualmente la señora Latournelle, la señora Miñón y Dumay. Aunque abría mucho los ojos, la señora Latournelle no veía aquello claro. Butscha, cuya atención era comparable á la de un espía, miró de una manera muy significativa al señor Miñón al ver que el rostro de éste enrojecía á causa de una viva y repentina indignación.

—Señorita, á poco más, le falta usted al respeto á su padre—dijo el coronel sonriéndose instruído por la mirada de Butscha.—Estas son las consecuencias de mimar á los hijos.

—Yo soy hija única—respondió Modesta con insolencia.

—Única—repitió el notario acentuando esta palabra.

—Señor—respondió secamente Modesta á Latournelle,—mi padre se da por muy satisfecho con que yo me constituya en su preceptor. Él me ha dado la vida, yo le doy el saber, y de ese modo me deberá algo.

—Pero no olvides que hay maneras, y sobre todo ocasiones—dijo la señora Miñón.

—La señorita tiene razón—repuso Canalis levantándose y colocándose delante de la chimenea en una de las más hermosas actitudes de su colección de posturas.—Dios, que es muy previsora, dió alimentos y vestidos al hombre, pero no le dió el arte. Le dijo al hombre: «Para vivir te encorvarás hacia tierra; para pensar te elevarás hacia Mí». Tenemos tanta necesidad de la vida del alma como de la del cuerpo. De ahí las dos clases de utilidades que existen. Seguramente que no se podrá uno calzar con un libro, y que un trozo de ópera no vale, desde el punto de vista de la utilidad, lo que vale una sopa económica de la cocina de beneficencia. La idea más hermosa difícilmente reemplazaría á la vela de un buque. Verdad es que una marmita autoclavo, levantándose diez pulgadas sobre sí misma, nos procura tela á seis reales el metro, pero esta máquina y las perfecciones de la industria no dan vida á un pueblo y no le dirán al porvenir que han existido, mientras que el arte egipcio, el arte mejicano, el arte griego, el arte romano, con sus obras maestras tachadas de inútiles, han atestiguado la existencia de aquellos pueblos á través de los tiempos, ínterin han desaparecido grandes naciones intermediarias, desprovistas de hombres de genio, sin haber dejado su tarjeta. Todas las obras de genio son el *summum* de una civilización y presuponen una inmensa utilidad. Seguramente que un par de botas no tendrá para ustedes más importancia que una pieza de teatro, y es de suponer que no preferirán un molino á la iglesia de Sain-Ouen. Pues bien, un pueblo está animado de los mismos sentimientos que un hombre, y el hombre tiene por idea favorita la de sobrevivir á sí mismo moralmente, del mismo modo que se reproduce físicamente. La perpetuidad de un pueblo es obra de sus hombres de genio. En este momento, Francia prueba enérgicamente la verdad de esta tesis. Cierto es que Inglaterra le supera en industria, en comercio y en navegación; pero, en cam-



bio, por sus artistas, por sus hombres de talento y por el gusto de sus productos figura á la cabeza del mundo, y no hay artista ni inteligencia que no venga á París á pedir su título de eminencia. En este instante, sólo en Francia hay escuela de pintura, y sin duda reinaremos más seguramente con los libros que con la espada. Siguiendo el sistema de Ernesto, se suprimirían las flores de lujo, la belleza de la mujer, la música, la pintura y la poesía, sin que por eso desapareciese la sociedad; pero yo pregunto: ¿Quién querrá aceptar la vida de ese modo? Todo lo que es útil, es espantoso y feo. La cocina es indispensable en una casa, pero ustedes se guardarán bien de permanecer en ella, y vivirán en un salón que adornarán ustedes como este, por ejemplo, de cosas completamente superfluas. ¿De qué sirven esas encantadoras pinturas y esas maderas labradas? Sólo es bello lo que nos parece inútil. Con admirable precisión, hemos llamado al siglo xvi el siglo del Renacimiento, porque fué la aureola de un mundo nuevo, del cual hablarán los hombres cuando ya nadie se acordará de algunos siglos anteriores, cuyo único mérito consistirá en haber existido, como esos millones de seres que no figuran para nada en una generación.

—Cada cual arrima el ascua á su sardina—exclamó burlonamente el duque de Herouville durante el largo silencio que sucedió á esta prosa pomposamente declamada.

—El arte que, según usted—dijo Butscha encarándose con Canalis,—es la esfera en que el genio está llamado á hacer sus evoluciones ¿existe acaso? ¿No es una magnífica mentira en la que el hombre social tiene la manía de creer? ¿Qué necesidad tengo de poseer un magnífico paisaje de Normandía, al que contemplo colgado en la pared de mi cuarto, cuando puedo verlo mucho mejor hecho por la mano de Dios? Nosotros, en nuestros sueños, tenemos poemas mucho más hermosos que la *Iliada*. Por una suma poco

considerable, puedo encontrar en Valoñes y en Caréntán, como en Provenza y en Arles, Venus tan hermosas como las de Ticiano. La *Gaceta de los Tribunales* publica novelas hechas de modo muy distinto que las de Walter Scott, que tienen terrible desenlace con sangre verdadera y no con tinta. La felicidad y la virtud están por encima del arte y del genio.

—¡Bravo, Butscha!—exclamó la señora Latournelle.

—¿Qué ha dicho?—preguntó Canalis á La Briere cesando de recoger de los ojos y de la actitud de Modesta los encantadores testimonios de una admiración sencilla.

El desprecio de que había sido objeto La Briere y, sobre todo, las irrespetuosas palabras de la hija al padre, contristaron de tal modo al pobre joven, que ni siquiera respondió á la pregunta de Canalis; y sus ojos, dolorosamente fijos en Modesta, acusaban una meditación profunda. La argumentación del jorobado fué reproducida con gracia por el duque de Herouville, el cual acabó diciendo que los éxtasis de santa Teresa eran muy superiores á las creaciones de lord Byron.

—¡Oh! señor duque—observó Modesta,—usted cita una poesía completamente personal, y olvida que el genio de Byron ó el de Molière aprovechan al mundo entero.

—Ponte, pues, de acuerdo con el señor de Canalis—dijo irónicamente Carlos Miñón.—Ahora te empeñas en que el genio ha de ser tan útil como el algodón, y acaso querrás asegurar también que la lógica es tan anticuada y tan vieja como tu pobre padre.

Butscha, La Briere y la señora Latournelle cambiaron miradas medio burlonas, que empujaron á Modesta tanto más por la senda de la irritación, cuanto que permaneció cortada durante un momento.

—Tranquilícese usted, señorita—dijo Canalis sonriéndole,—que no hemos sido derrotados ni cogidos en contradicción. Toda obra de arte, sea de literatura,



de música, de pintura, de escultura ó de arquitectura, implica una utilidad social positiva, igual á la de todos los demás productos comerciales. El arte es el comercio por excelencia, y lo sobrentiende. Hoy, un libro puede dar á su autor una ganancia de diez mil francos, y su fabricación supone la imprenta, la papelería, la librería y la fundición de tipos, en una palabra, millares de brazos en acción. La ejecución de una sinfonía de Beethoven ó de una ópera de Rossini exige otros tantos brazos, máquinas y fabricaciones. El precio de un monumento responde aún mucho más fuertemente á la objeción. De modo que se puede decir que las obras del genio tienen una base demasiado costosa y necesariamente provechosa para el obrero.

Basado en esta tesis, Canalis habló sobre este objeto durante algunos instantes con gran lujo de imágenes y haciendo gala de orador. Pero como ocurre á muchos charlatanes, le sucedió que en la conclusión llegó á dar la razón, sin apercibirse, á La Briere, que era el que había iniciado la discusión.

—Veo con placer, mi querido barón—arguyó astutamente el duque de Herouville,—que será usted un gran ministro constitucional.

—¡Oh!—dijo Canalis con un gesto de gran hombre,—¿qué probamos en todas nuestras discusiones? La eterna verdad de este axioma: «Todo es verdadero y todo es falso». Para las verdades morales, lo mismo que para las criaturas, existen medios ambientes donde cambian de aspecto hasta el punto de ser completamente desconocidos.

—La sociedad vive de cosas juzgadas—repuso el duque de Herouville.

—¡Qué ligereza!—murmuró en voz baja la señora Latournelle á su marido.

—Es un poeta—respondió Gobenheim que comprendió aquellas palabras.

Canalis, que se encontraba á diez leguas por encima

de su auditorio y que sin duda tenía razón al pronunciar su última sentencia filosófica, tomó por síntomas de ignorancia la especie de frialdad que se dibujó en todas las caras; pero se vió comprendido por Modesta, y se quedó contento, sin adivinar lo muy mortificante que resulta el monólogo para los provincianos, cuyo principal afán es el demostrar á los parisenses la existencia, el talento y la prudencia de la provincia.

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted á la duquesa de Chaulieu?—preguntó el duque á Canalis para cambiar de conversación.

—Me separé de ella hace seis días—respondió Canalis.

—Y ¿está buena?—preguntó el duque.

—Perfectamente.

—Tenga usted la bondad de saludarla en mi nombre cuando le escriba.

—Dicen que es encantadora, ¿es verdad?—dijo Modesta dirigiéndose al duque.

—El señor barón podrá instruirle á usted de ello mejor que yo—respondió el gran escudero.

—Más que encantadora—dijo Canalis aceptando la perfidia del señor de Herouville;—pero le advierto á usted, señorita, que soy parcial al emitir este juicio, pues soy amigo de ella desde hace diez años, le debo cuanto tengo de bueno, y ella me ha preservado de los peligros del mundo. Finalmente, el señor duque de Chaulieu ha sido el que me ha hecho entrar en la vía en que me hallo. Á no ser por la protección de esta familia, el rey y las princesas se hubieran olvidado acaso de un pobre poeta como yo. Y así, comprenderá usted que mi cariño ha de estar lleno de agradecimiento.

Estas palabras fueron pronunciadas con voz alterada por la emoción.

—¡Cuánto debemos amar á la que le ha inspirado á usted cantos tan sublimes y sentimientos tan hermo-



sos—dijo Modesta enternecida.—¿Puede acaso concebirse á un poeta sin musa?

—No, porque carecería de corazón, y haría versos secos como los de Voltaire, que no amó nunca más que á sí mismo—respondió Canalis.

—¿No me hizo usted el honor de decirme en París que no experimentaba ninguno de los sentimientos que describía?—preguntó Dumay á Canalis.

—La estocada no es mala, mi valiente militar—respondió el poeta sonriéndose,—pero sepa usted que no es cosa imposible tener á la vez mucho corazón en la vida intelectual y en la vida real. Se pueden expresar hermosos sentimientos sin experimentarlos, y se puede experimentarlos sin poder expresarlos. Mi amigo La Briere, que ven ustedes presente, ama con locura—dijo con generosidad mirando á Modesta;—yo, que seguramente amo tanto como él, creo que podría dar á mi amor una forma literaria en armonía con su poder; pero no respondo, señorita—dijo volviéndose hacia Modesta con una gracia un tanto rebuscada,—de no quedar mañana sin talento ni chispa.

De este modo, el poeta triunfaba de todo obstáculo, quemaba en holocausto de su amor los vallados que se oponían á su paso, y Modesta permanecía admirada ante aquella gracia parisiense que no conocía y que era realzada por las declamaciones del discursista.

—¡Qué farsante!—dijo Butscha al oído del diminuto Latournelle, después de haber escuchado un magnífico discurso acerca de la religión católica y de la dicha de tener por esposa á una mujer piadosa, originado por una pregunta hecha por la señora Miñón.

Modesta parecía tener como una venda en los ojos: el prestigio del relato y la atención que intencionadamente prestaba á Canalis, le impedían ver lo que Butscha observaba cuidadosamente: la declamación, la falta de sencillez y el énfasis sustituyendo al sentimiento, y todas las incoherencias que sugirieron al pasante su exclamación un tanto cruel. Allí donde el

señor de Miñón, Butscha, Dumay y Latournelle se asombraron de la inconsecuencia de Canalis, sin tener en cuenta la inconsecuencia de una conversación que es siempre tan caprichosa en Francia, Modesta admiraba la habilidad del poeta y se decía arrastrándolo consigo por los caminos tortuosos de su fantasía: «¡Me ama!» Butscha, como todos los espectadores de lo que es preciso llamar esta *representación*, quedó admirado del defecto principal de los egoístas, que Canalis dejaba ver demasiado claramente, como todas las personas acostumbradas á perorar en los salones. Ya porque comprendiera de antemano lo que el interlocutor quería decir, ya porque no escuchase, ó ya porque tuviese la facultad de escuchar al mismo tiempo que pensaba en otra cosa, es lo cierto que Melchor ostentaba esa cara distraída que hiere tanto á la vanidad como desconcierta á la palabra. El no escuchar es, no solamente una falta de cortesía, sino también una prueba de desprecio. Pero Canalis lleva aún más lejos esta costumbre, pues á veces se olvida de contestar á una frase que exige una respuesta, y, pasándola por alto, se cuida únicamente de aquello que le preocupa. Si de un hombre de elevada posición se acepta esta impertinencia sin protesta, engendrando en el fondo de los corazones un foco de odio y de venganza, de un igual es motivo para romper la amistad. Cuando, por casualidad, Melchor se propone escuchar, incurre en otro defecto, y es en el de prestarse únicamente, pero sin darse. Sin ser tan mortificante, este medio sacrificio molesta también al que habla y le deja descontento. Nada es más productivo en el *comercio del mundo* como la limosna de la atención. «Al buen oyente ¡salud!» es no solamente un precepto evangélico, sino además una excelente especulación; observado, y os lo dispensarán todo, hasta los vicios. Canalis se esforzó cuanto pudo para agradar á Modesta; pero si estuvo complaciente con ella, en cambio resultó poco agradable á los demás.



Modesta, sin tener compasión de los diez mártires á quienes iba á aplicar el tormento, rogó á Canalis que leyese algunas de sus composiciones en verso, á fin de poder apreciar el tan alabado talento declamatorio del poeta.

Canalis tomó el volumen que le tendía Modesta y leyó una poesía suya que pasa por ser la más hermosa, una imitación de los *Amores de los ángeles*, de Moore, titulada *VITALIS*, que fué acogida con algunos bostezos por parte de la señora Latournelle y Dumay, y de Gobenheim y el cajero.

—Caballero, si sabe usted jugar al wisth—dijo Gobenheim presentando al poeta cinco cartas puestas en forma de abanico,—declaro que no habré visto nunca hombre más agradable que usted.

Este dicho hizo reír, pues fué la traducción de las ideas de todos.

—Lo conozco bastante para poder pasar en provincias el resto de mis días—respondió Canalis.—Me parece que esta noche ha habido más literatura y conversación de la que desean unos jugadores de wisth—añadió con impertinencia arrojando el libro sobre la consola.

Este detalle indica los peligros que corre el héroe de un salón cuando se sale, como Canalis, de su esfera, el cual se parece entonces al autor mimado de un cierto público, cuyo talento se pierde al salirse de su escenario y al intentar la entrada en un teatro superior.

Jugaron de compañeros el barón y el duque, contra Gobenheim y Latournelle, y Modesta fué á colocarse al lado del poeta, con gran desesperación del pobre Ernesto, que veía en el rostro de la caprichosa joven los progresos de la fascinación ejercida por Canalis. La Briere ignoraba el don de seducción que poseía Melchor, don que la naturaleza niega las más de las veces á los seres sinceros, que son generalmente tímidos. Este don exige una osadía, una vivacidad de me-

dios que pudiera llamarse revoloteo del espíritu, y hasta pudiera decirse que exige también un poco de mímica; pero, moralmente hablando, ¿no es siempre un poeta un comediante? Existe una gran diferencia entre expresar sentimientos que se experimentan, pero cuyas variantes se conciben, y fingirlos cuando se necesita obtener un éxito en el teatro de la vida privada; sin embargo, si la hipocresía necesaria al hombre de mundo ha gangrenado al poeta, acaba por emplear las facultades de su talento en la expresión de un sentimiento necesario, como el gran hombre consagrado á la soledad acaba por trasladar su corazón á su espíritu, librándose así de las pasiones.

—Trabaja por los millones—se decía dolorosamente La Briere, —y fingirá tan bien la pasión, que Modesta acabará por creer en ella.

Y en lugar de mostrarse más amable y más ocurente que su rival, La Briere imitó al duque de Herouville, y permaneció sombrío, inquieto y atento, y cuando el cortesano estudiaba las extravagancias de la joven heredera, Ernesto fué presa de negros y concentrados celos, pues no había obtenido aún una mirada de su ídolo. En este estado, salió del salón por algunos instantes acompañado de Butscha.

—Está visto—dijo el refrendario;—está loca por él, y no le falta razón, porque yo resulto más que desagradable. Canalis es encantador, tiene gracia hasta cuando guarda silencio, pasión en los ojos y poesía en sus conversaciones.

—Y ¿es hombre honrado?—le preguntó Butscha.

—¡Oh! sí—le respondió La Briere,—es leal, noble, y, sometido á la influencia de Modesta, le creo capaz de perder los pequeños defectos que la duquesa de Chaulieu le ha hecho adquirir...

—Es usted un buen muchacho—dijo el jorobadito,—pero ¿será capaz de amar? ¿la amará?

—No lo sé—respondió La Briere.—¿Ha hablado ella de mí?—preguntó después de un momento de silencio.



—Sí—dijo Butscha repitiendo á La Briere las palabras que Modesta había pronunciado acerca de los disfraces.

El refrendario fué á sentarse en un banco y escondió la cara entre sus manos: no podía contener las lágrimas, y no quería dejárselas ver á Butscha; pero el enano era hombre capaz de adivinarlas.

—¿Qué tiene usted, señor?—preguntó Butscha.

—Tiene razón—dijo La Briere levantándose de pronto.—¡Soy un miserable!

Y contó el engaño que había convenido con Canalis, si bien advirtiéndole á Butscha que había querido desengañar á Modesta antes de que ella se hubiese dado á conocer. Después se desató en apóstrofes bastante infantiles acerca de la desgracia de su destino. Butscha reconoció simpáticamente el amor en su vigorosa y rápida sencillez y en sus sinceras y profundas ansiedades.

—Pero ¿por qué no se desenvuelve usted delante de la señorita Modesta y por qué deja usted á su rival el campo libre?—dijo Butscha al refrendario.

—¡Ah! ¿de modo que no ha sentido usted nunca oprimirse la garganta cuando se trata de hablarle y no siente usted nada en la raíz de los cabellos, en la superficie de la piel, cuando ella le mira, aunque sólo sea distraídamente?

—Pero usted tuvo bastante juicio para ponerse triste y meditabundo cuando Modesta dijo á su padre poco más ó menos:

—Es usted un zoquete.

—Amigo mío; la amo demasiado para no haber sentido penetrar en mi corazón una hoja de puñal al oír que daba de este modo un mentís á las perfecciones que yo le atribuyo.

—Y Canalis justificó su conducta—dijo Butscha.

—Si ella tuviese más amor propio que corazón, no sería digna de lástima—repuso La Briere.

En este momento, Modesta, seguida de Canalis, que

acababa de perder, salió con su padre y con la señora Dumay, para respirar el aire de una noche estrellada. Mientras Modesta se paseaba con el poeta, Carlos Miñón se separó de ella para ir al lado de La Briere.

—Su amigo de usted, señor, debía haberse hecho abogado—dijo sonriendo y mirando al refrendario con atención.

—No se apresure usted á juzgar á un poeta con la severidad con que podría usted hacerlo con un hombre ordinario, como yo, por ejemplo, señor conde—respondió La Briere.—El poeta tiene su misión. Está destinado, por su naturaleza, á ver la poesía de las cuestiones, lo mismo que expresa la de todos los seres. Así, en las cuestiones en que usted le crea en oposición consigo mismo, es fiel á su vocación. Es el pintor que pinta lo mismo una madona que una cortesana. Molière tiene razón en sus personajes de ancianos y en los de sus jóvenes, y Molière tenía ciertamente el juicio sano. Esos juegos del ingenio, corruptores en los hombres secundarios, no ejercen ninguna influencia sobre el carácter en los verdaderos grandes hombres.

Carlos Miñón estrechó la mano á La Briere, diciéndole:

—Esa facilidad podría, no obstante, servirle para justificarse á sí mismo de las acciones diametralmente opuestas, sobre todo en política.

—¡Ah! señorita—respondía en este momento Canalis con voz mimosa á una maliciosa observación de Modesta,—no crea usted que la multiplicidad de las sensaciones quite la menor fuerza á los sentimientos. Los poetas, con mayor razón que los demás hombres, deben amar con constancia y fe. En primer lugar, no se cele usted de lo que se llama la Musa. ¡Dichosa la mujer de un hombre ocupado! Si oyese usted las quejas de las mujeres que sufren el peso de la ociosidad de sus maridos sin empleos ó á quienes la riqueza da en que emplear sus ocios, sabría usted que la princi-



pal dicha de una parisiense es la libertad, reina en su casa. Ahora bien; nosotros dejamos á nuestra mujer ser reina absoluta en su casa, porque nos es imposible descender á la tiranía ejercida por los hombres de pocos alcances. Nosotros tenemos otras cosas que hacer. Si algún día me casase, lo cual, se lo juro, es una catástrofe que está muy distante para mí, quisiera que mi mujer tuviese la libertad moral que observa una querida y que acaso es la fuente de donde saca todas sus seducciones.

Canalis desplegó su inspiración y sus gracias hablando de amor, del matrimonio y de la adoración de la mujer, conversando con Modesta hasta que el señor Miñón, que fué á unírseles, encontró en un momento de silencio la ocasión de coger á su hija por el brazo y conducirla ante Ernesto, á quien el digno soldado había aconsejado que tentase una explicación.

—Señorita—dijo Ernesto con voz alterada,—me es imposible estar más tiempo bajo el peso de su desprecio. Me defiendo, no intento justificarme, quiero únicamente hacerle observar que antes de leer su halagadora carta dirigida á mi persona, y no al poeta, la última en fin, quiero, repito, y se lo he hecho saber á usted por medio de una carta escrita en el Havre, disipar el error en que está usted. Todos los sentimientos que he tenido la dicha de expresarle á usted son sinceros. Una esperanza tuve, en París, cuando su padre de usted me dijo que era pobre; pero ahora, si todo se ha perdido, si no tengo más que pesares eternos ¿por qué he de permanecer aquí donde todo es un suplicio para mí?... Déjeme, pues, llevar una sonrisa de usted que quedará para siempre en mi corazón.

—Caballero—respondió Modesta fingiéndose fría y distraída,—yo no soy la dueña aquí; pero esté usted seguro que me desesperaría si retuviese aquí á los que no encuentran en ello placer ni felicidad.

Y dejó al refrendario, tomando el brazo de la señora Dumay para entrar en el *Chalet*. Algunos instantes

después, todos los personajes de esta escena doméstica, reunidos de nuevo en el salón, quedaron bastante sorprendidos al ver á Modesta sentada al lado del duque de Herouville, y coqueteando con él como hubiera podido hacerlo la más astuta parisiense; se tomaba interés por su juego, le daba consejos que él pedía, y encontró la ocasión de decir cosas halagadoras poniendo el prestigio de la nobleza á la misma altura que el prestigio del talento y de la belleza. Canalis sabía ó creía saber la razón de este cambio: había querido picar á Modesta tratando el matrimonio de catástrofe y diciéndose alejado de él; pero, como todos los que juegan con el fuego, fué él quien se quemó. La altivez de Modesta y su desdén alarmaron al poeta, el cual volvió á ella dando el espectáculo de unos celos tanto más visibles cuanto que eran fingidos. Modesta, implacable como los ángeles, saboreó el placer que le causaba el ejercicio de su poder, y, como es natural, abusó de él. El duque de Herouville no había conocido nunca una fiesta semejante: ¡una mujer le sonreía! Á las once de la noche, hora avanzada para los del *Chalet*, los tres pretendientes salieron, el duque encontrando encantadora á Modesta, Canalis encontrándola excesivamente coqueta y La Briere herido de su dureza.

Durante ocho días, la heredera fué con sus tres pretendientes lo que había sido durante aquella noche; de modo que el poeta fué el que más prevaleció, á pesar de los arranques y los caprichos que daban de vez en cuando esperanza al duque de Herouville. Las irreverencias de Modesta respecto á su padre, las libertades excesivas que se tomaba con él; sus impacencias con su madre ciega haciéndole, como á desgana, esos pequeños servicios que en otro tiempo eran el triunfo de su piedad filial, parecían ser efecto de un carácter caprichoso y de una libertad tolerada desde la infancia. Cuando Modesta traspasaba los límites de la prudencia, se predicaba moral á sí misma y atribuía



sus ligerezas y sus acciones descorteses á su carácter independiente. Confesaba al duque y á Canalis su repugnancia por la obediencia, y lo consideraba como un obstáculo real para su establecimiento, interrogando de este modo á la moral de sus pretendientes, al igual que esos que agujerean la tierra para sacar de ella oro, carbón, toba ó agua.

—Nunca encontraré—decía Modesta la víspera del día en que había de tener lugar la instalación de la familia en la quinta de los Vilquín,—un marido que soporte mis caprichos con la bondad de mi padre que siempre ha sido la misma y con la indulgencia de mi adorable madre.

—Porque saben que son amados, señorita—dijo La Briere.

—Esté usted segura, señorita, de que su marido conocerá todo el valor de su tesoro—añadió el duque.

—Tiene usted más inteligencia y resolución de la que se necesita para disciplinar á un marido—dijo Canalis riendo.

Modesta sonrióse como debió de hacerlo Enrique IV después de haber revelado á un embajador extranjero, por medio de tres respuestas á una pregunta insidiosa, el carácter de sus tres principales ministros.

El día de la comida, Modesta, llevada de la preferencia que concedía á Canalis, se paseó largo tiempo sola con él por el terreno enarenado que había entre la casa y el cuadro de césped rodeado de flores. En los gestos de la joven, en el aspecto del poeta, era fácil ver que escuchaba favorablemente á Canalis; por eso las dos señoritas de Herouville fueron á interrumpir aquella escandalosa conversación á solas; y, con la maña natural á las mujeres en semejantes casos, hicieron versar la conversación sobre la corte, sobre el brillo de un cargo de la corona, explicando la diferencia que existía entre los cargos de la casa real y los de la corona; trataron de embriagar á Modesta halagando su orgullo y mostrándole uno de los más altos

destinos á los cuales podía aspirar entonces una mujer.

—Tener por hijo un duque—exclamó la vieja solterona—es una ventaja positiva.—Ese título es una fortuna, que se lega á sus hijos y que por nada puede ser atacada.

—¿Á qué casualidad—dijo Canalis bastante descontento por haber sido interrumpido en su conversación—debemos atribuir el poco éxito que ha tenido hasta ahora el señor caballero mayor en el asunto en que más puede servir ese título á las pretensiones de un hombre?

Las dos señoritas dirigieron á Canalis una mirada llena de tanto veneno como el que inyecta la mordedura de una víbora, y se desconcertaron tanto con la sonrisa burlona de Modesta, que no supieron qué responder.

—Y si el señor caballero mayor no le ha reprochado á usted nunca la humildad que le inspirará á usted su propia gloria, ¿por qué echarle en cara su modestia?—dijo Modesta á Canalis.

—Aun no se ha encontrado una mujer digna del rango de mi sobrino—dijo la vieja solterona.—Hemos visto algunas que poseían la fortuna que requiere esta posición; otras que, sin tener fortuna, tenían el talento y la educación; y confieso que hemos hecho bien en esperar que Dios nos ofreciese la ocasión de conocer una persona que reuniese la nobleza, el talento y la fortuna de una duquesa de Herouville.

—Querida Modesta—dijo Elena de Herouville llevando á Modesta á algunos pasos de distancia del poeta,—hay mil barones de Canalis en el reino, como hay cien poetas en París que valen tanto como él. Y, en mi concepto, llega tan poco á la categoría de hombre grande, que yo, á pesar de ser una pobre joven destinada á tomar el velo por falta de dote, no le querría. Por otra parte, usted no sabe lo que es un joven explotado hace ya diez años por la duquesa de Chau-



lieu. Sólo una vieja sesentona podría someterse á sufrir las impertinencias y molestias que han de acarrear las indisposiciones que afligen al poeta, la menor de las cuales fué en Luis XIV un defecto insoportable; pero la duquesa, como no lo tiene en casa á todas horas, no lo sufre tanto como tendría que sufrirlo si fuese su marido...

Y, haciendo una de esas maniobras que acostumbran á hacer las mujeres entre sí, Elena de Herouville repitió al oído de Modesta las calumnias que las mujeres celosas de la duquesa de Chaulieu levantaban al poeta. Este pequeño detalle, bastante común en las conversaciones de las jóvenes, muestra el encarnizamiento con que era disputada la fortuna de Carlos Miñón.

En diez días, las opiniones de los habitantes del *Chalet*, respecto á las tres personas que aspiraban á la mano de Modesta, habían cambiado mucho. Este cambio, que era desventajoso para Canalis, se fundaba en consideraciones capaces de hacer reflexionar profundamente á los portadores de una gloria cualquiera. Al ver la pasión con que se persigue la posesión de un autógrafo, no se puede negar que la curiosidad pública no sea vivamente excitada por la celebridad. La mayor parte de las gentes de provincia no se dan evidentemente exacta cuenta de los procedimientos que las gentes ilustres emplean para ponerse la corbata, para pasear por el bulevar, contemplar las musarañas ó comer una costillita. El extraño encanto que causa toda especie de gloria, aun la justamente adquirida, no subsiste, y queda reducida sobre todo para las gentes superficiales, burlonas ó envidiosas, á una sensación rápida como el rayo y que no se renueva nunca. Parece que la gloria, lo mismo que el sol, radiante y luminosa de lejos, es, si se aproxima uno á ella, fría como la cima de una montaña. El hombre no es realmente grande más que para sus colegas, y sin duda los defectos inherentes á la condición humana des-

aparecen más bien á los ojos de éstos que á los de vulgares admiradores. Para obligar todos los días, un poeta está, pues, obligado á desplegar las mentidas gracias de la gente que sabe hacer perdonar su obscuridad con sus cariñosos modales y con sus complacientes palabras; pues, además del genio, todo el mundo le exige las triviales virtudes de salón. El gran poeta del arrabal Saint-Germain, que no quiso someterse á esta ley social, vió suceder una insultante indiferencia á la admiración que causó su conversación de las primeras noches. La gracia prodigada sin tasa produce en los ojos el mismo efecto que una tienda de espejos, y esto bastará para comprender que el brillo de Canalis fatigó muy pronto á gente que, según decía él, amaba lo positivo. Obligado muy pronto á mostrarse hombre ordinario, el poeta encontró numerosos escollos en un terreno en que La Briere conquistó los sufragios de aquellos que al principio le habían encontrado desabrido. Se experimentó la necesidad de vengarse de la reputación de Canalis, posponiéndole á su amigo. Las mejores personas son así. El sencillo y buen refrendario no hería ningún amor propio, y al fijarse en él, todo el mundo echó de ver que poseía un gran corazón, una gran modestia, una discreción de muerto y una excelente figura. Como valor político, el duque de Herouville colocó á Ernesto muy por encima de Canalis. El poeta, desigual, ambicioso y variable como el Tasso, amaba el lujo y la grandeza y adquiría deudas; mientras que el joven consejero, dotado de un carácter igual, vivía modestamente, siendo útil sin ostentación, esperando las recompensas sin acecharlas y haciendo economías. Por otra parte, Canalis había confirmado las opiniones de los que le observaban. Hacía dos ó tres días que se dejaba llevar de su impaciencia, y demostraba que se entregaba á abatimientos, melancolías sin razón aparente y cambios de humor, fruto todo del temperamento nervioso de los poetas. Estas originalidades